

La isla de los muertos



Roger Zelazny

Sadow: dueño de planetas, creador de mundos, un hombre de una fuerza y un poder inmensos medidos en términos humanos. Y algo más para los alienígenas pei'anos: un Dios, reencarnación del antiguo Shimbo, el Sembrador de Truenos. Los pei'anos eran la raza más sabia y antigua del Universo.

Y de pronto, Sadow recibió una imagen tridi de Kathy. Kathy, que hacía mucho tiempo que había muerto. Y esto había ocurrido ya otras seis veces: seis imágenes tri-di de seis personas íntimamente unidas a Sadow y muertas hacía mucho. Y todas ellas señalaban un mismo lugar: la fabulosa creación de la Isla de los Muertos.

A Banks Mebane

I

La vida es una cosa —si me permiten una breve digresión filosófica antes de que entre en materia— que me recuerda un poco las playas de la bahía de Tokio.

Hace ahora siglos que no he visto esa bahía y esas playas, así que puede que esté algo equivocado. Pero me han dicho que nada ha cambiado mucho, excepto los preservativos, de la forma en que la recuerdo.

Recuerdo una inmensa extensión de agua sucia, quizá más brillante y más limpia si se la mira desde lejos, pero hedionda, sucia y fría cuando se la ve de cerca, como el Tiempo cuando arrastra los objetos y los corroe y se los lleva. La bahía de Tokio, en un día dado, es capaz de vomitar cualquier cosa. Mencionen ustedes algo, y tarde o temprano lo arrojará: un cadáver de hombre, una concha que quizá sea de alabastro, rosada y rechoncha, con una espiral hacia la izquierda, ascendiendo inevitablemente hacia la punta de un cuerno tan inocente como el del unicornio, una botella con o sin mensaje que uno podrá o no descifrar, un feto humano, un pedazo de madera muy pulida con el agujero de un clavo —quizá un fragmento de la Verdadera Cruz, quien sabe—, y guijarros blancos y guijarros negros, peces, gallos desventrados, metros de cable, coral, algas, y esas perlas blancas que antes eran ojos. Cosas así. Uno deja esas cosas a un lado, y al cabo de un tiempo la bahía vuelve a llevárselas. Así es como opera.

Oh, sí, antes estaba también repleta de preservativos, flácidos y casi transparentes testimonios del instinto de perpetuar la especie pero no esta noche, y a veces pinta-

dos con dibujos y frases mordaces, y otras veces con una pluma en su extremo. He oído decir que casi han desaparecido, al igual que el Edsel, la clepsidra y el abotonador, reventados, pinchados por la segura píldora, que además aumenta el volumen de los senos, por lo que ¿quién se queja? A veces, cuando paseaba por la playa en la mañana castigada por el sol, haciendo que la fría brisa me ayudara a recobrar de los efectos del descanso y la recuperación tras una pequeña y limpia contienda en Asia, donde había perdido a un hermano pequeño, a veces oía los gritos de los pájaros cuando no había ningún pájaro a la vista. Aquello añadía el elemento de misterio que hacía inevitable la comparación: la vida es una cosa que me recuerda un poco las playas de la bahía de Tokio. Todo llega. Cosas únicas y extrañas están llegando a cada momento, arrastradas por las olas. Yo soy una de ellas, y usted es otra. Pasamos un cierto tiempo sobre la playa, quizá el uno al lado del otro, y luego ese elemento burbujeante, fétido, helado, nos remueve con los líquidos dedos de una mano delicuescente, y algunas de las cosas se alejan de nuevo. Los misteriosos gritos de los pájaros con la ilimitabilidad de la condición humana. ¿Las voces de los dioses? Quizá. Finalmente, para clavar en la pared las cuatro esquinas de la comparación antes de abandonar la habitación, hay dos cosas que han originado que la ponga allí en primer lugar: a veces, supongo, las cosas que son arrastradas de nuevo pueden, por la acción de alguna caprichosa corriente, regresar a la playa. Nunca antes he visto que ocurriera, pero quizá no haya esperado el tiempo suficiente. Además, y usted ya lo sabe, alguien puede acudir allí y tomar alguna cosa y llevársela lejos de la bahía. Cuando supe que la primera de esas dos cosas podía haber ocurrido realmente, lo primero que hice fue vomitar. Llevaba tres días bebiendo y aspirando los vapores de una planta exótica. Lo siguiente fue expulsar a todos los huéspedes de mi casa. El recibir un shock es un excelente medio de recobrar la sobriedad, y además ya sabía

que la segunda de las dos cosas era posible —el tomar y llevarse una cosa de la bahía—, porque era algo que me había ocurrido a mí, aunque nunca llegué a imaginar que la primera pudiera convertirse en realidad. Así que tomé una píldora que garantizaba hacer de mí un hombre completo en tres horas, proseguí con un sauna, y luego me tendí en la enorme cama mientras los sirvientes, mecánicos y de los otros, se ocupaban de asearme. Luego empecé a temblar de pies a cabeza. Tenía miedo.

Soy un cobarde.

Ahora hay montones de cosas que me asustan, y son todas esas cosas sobre las que poseo muy poco control o ninguno, como el Gran Árbol.

Me apoyé sobre un codo y tomé el sobre de la mesilla de noche, y contemplé su contenido una vez más.

No podía haber ningún error, especialmente cuando algo como aquello había sido dirigido directamente a mí.

Había aceptado la entrega especial, había metido el sobre en un bolsillo, y lo había abierto a mi comodidad.

Entonces vi que era el sexto, y me sentí enfermo, e hice que todos se fueran y me dejaran solo.

Era una foto tridi de Kathy, toda ella vestida de blanco, y la fecha indicaba que había sido revelada hacía tan solo un mes.

Kathy había sido mi primera mujer, quizá la única mujer a la que haya amado, y hacía más de quinientos años que había muerto. Explicaré más tarde ese último extremo.

Estudié atentamente la foto. Era la sexta que había recibido en los últimos meses. Todas de gente distinta, todas de gente ya muerta. Desde hacía siglos.

Tras ella había rocas y un cielo azul, y eso era todo.

La foto podía haber sido tomada en cualquier lugar donde hubiera rocas y un cielo azul. También podía estar fácilmente trucada, ya que hoy en día se encuentra gente capaz de trucar casi cualquier cosa.

¿Pero quién podía haber a mi alrededor lo suficientemente informado como para enviármela, y para qué? No había ninguna nota, tan solo aquella foto, al igual que todas las demás... mis amigos, mis enemigos.

Y todo aquello me hacía pensar en las playas de la bahía de Tokio, y quizá también en el Libro de las Revelaciones.

Me cubrí con una manta y permanecí allí, tendido en el crepúsculo artificial que había provocado en pleno mediodía. Me había sentido comfortable, tan comfortable, durante todos aquellos años. Y ahora alguien estaba hurgando en aquella herida que yo había creído curada, cicatrizada y olvidada, y la había abierto de nuevo, y sangraba.

Si tan solo tuviera la suerte de aferrar con mi temblorosa mano un jirón de verdad...

Dejé todo aquello a un lado. Tras un cierto tiempo me dormí, e ignoro qué cosa surgió de mi sueño y se paseó por la habitación hasta dejarme cubierto de sudor. Creo que es mejor haberlo olvidado.

Tras despertar me duché, me puse ropas limpias, comí rápidamente y me dirigí a mi estudio con un termo de café. Lo había llamado despacho cuando trabajaba, pero hacía treinta y cinco años que había perdido la costumbre. Busqué entre la correspondencia separada y preclasificada del último mes, y encontré lo que andaba buscando, entre las peticiones de dinero por parte de dudosas beneficencias y otras peticiones de dinero por parte de individuos no menos dudosos que amenazaban con bombas en caso de rechazo, cuatro invitaciones a conferencias, una proposición de trabajo que en otro tiempo me hubiera parecido interesante, un montón de periódicos, una carta de un muy lejano descendiente de la familia de mi tercera mujer sugiriendo una entrevista y anunciando que vendría a verme, tres solicitudes de artistas en búsqueda de un mecenas, treinta y una citas de que habían sido iniciados procesos contra mí y cartas de varios de mis abogados informán-

dome de que treinta y una acciones legales contra mí habían sido sobreseídas.

La primera de las cartas importantes era de Marling de Megapei. Decía en síntesis:

«Hijo de la Tierra, te saludo por los veintisiete Nombres que aún quedan, haciendo votos para que hayas arrojado más joyas en la oscuridad y las hayas hecho brillar con los colores de la vida.

»Temo que el tiempo de vida que le queda a este muy antiguo y gris oscuro cuerpo que tengo el privilegio de llevar toque a su fin a principios del próximo año. Hace ya mucho tiempo que estos amarillos y desfallecientes ojos míos vieron por última vez a mi hijo extranjero. Quiera la suerte que antes del término de la quinta estación venga a mí, ya que entonces todas mis preocupaciones estarán conmigo, y su mano sobre mi hombro aligerará su pesada carga. Mis respetos».

La siguiente misiva provenía de la Compañía Minera y Transformadora del Pozo Profundo, que todo el mundo sabe es una fachada del Departamento Central de Inteligencia de la Tierra, preguntándome si estaría interesado en la compra de algún equipo minero usado-pero en buenas-condiciones situado en algunos lugares que hacían que el coste del transporte fuera prohibitivo a sus actuales propietarios.

Lo cual, utilizando el código que me había sido facilitado bastantes años antes, cuando había estado trabajando bajo contrato para el gobierno federal de la Tierra, quería decir en realidad, sin jergas oficiales y en pocas palabras:

«¿Qué ocurre? ¿No es usted leal con su planeta de origen? Llevamos casi veinte años pidiéndole que venga a la Tierra y consulte con nosotros acerca de un asunto vital para la seguridad del planeta. Usted ha ignorado insistentemente esas peticiones. Esta es una petición urgente, y exige su inmediata cooperación en un asunto de la mayor importancia. Estamos seguros de que etc. etc. etc.».

La tercera decía, en inglés:

«No quiero parecer como si quisiera abusar de algo que hace ya mucho tiempo que terminó, pero estoy en serios problemas, y tú eres la única persona en quien puedo pensar que es capaz de ayudarme. Si crees que es posible que lo hagas en un próximo futuro, por favor acude a verme en Aldebaran V. Sigo en la misma antigua dirección, aunque el lugar haya cambiado un tanto. Sinceramente, Ruth».

Tres llamadas a la humanidad de Francis Sandow. ¿Cuál, si lo era alguna de ellas, tenía algo que ver con las fotos en mi bolsillo?

La orgía que había interrumpido festejaba una partida. Todos mis huéspedes partían hacia sus destinos fuera de mi mundo. Y festejando esta partida, había creído saber también hacia qué destino iba a partir yo. Pero la llegada de la foto de Kathy me obligaba a pensar.

Las tres partes involucradas en la correspondencia sabían quién había sido Kathy. Ruth podía haber tenido acceso en alguna ocasión a una foto de ella, partiendo de la cual podía haber trabajado cualquier persona con talento. Marling podía haberlo creado todo por sí mismo. La Inteligencia Central podía haber rastreado viejos documentos y trabajar sobre ellos en sus laboratorios. O podía no ser ninguno de ellos. Era extraño que no hubiera ningún mensaje acompañando las fotos, si realmente alguien deseaba algo de mí.

Tenía que hacerle honor a la petición de Marling, o nunca más sería capaz de vivir conmigo mismo. Debía ponerlo en primer lugar en mi agenda, pero por ahora... tenía tiempo hasta la quinta estación en el hemisferio norte de Megapei, lo cual equivalía a más de un año. Así que podía dar otros pasos mientras tanto.

¿Cuáles?

La Inteligencia Central no poseía ningún derecho real sobre mis servicios, y la Tierra ya no me tenía bajo su dependencia. Estaba de acuerdo en ayudar a la Tierra si po-

día, pero la urgencia no debía ser tan terriblemente vital cuando llevaban importunándome durante veinte años. Después de todo, el planeta seguía existiendo aún y, de acuerdo con las últimas informaciones de primera mano que poseía al respecto, seguía funcionando tan normal y tan mediocrementemente como siempre. Y por otro lado, si realmente era tan importante para ellos como dejaban entrever en todas sus cartas, *podían* haber venido a buscarme. Pero Ruth...

Ruth era otro asunto. Habíamos vivido juntos durante casi un año antes de que nos diéramos cuenta de que nos estábamos haciendo trizas el uno al otro y de que las cosas no podían continuar así. Nos separamos como amigos, y seguíamos siendo amigos. Todavía significaba algo para mí. Me sorprendía que aún viviera después de tanto tiempo. Pero si necesitaba mi ayuda, la tendría.

Así pues, quedaba decidido. Iría primero a ver a Ruth, rápidamente, e intentaría sacarla de donde estuviera metida. Luego iría a Megapei. Y en algún lugar a lo largo del camino, quizá encontrara algo que me iluminara acerca de quién, qué, cuándo, cómo y por qué me habían enviado aquellas fotos. Si no, entonces iría a la Tierra y tantearía a la Inteligencia. Quizá pudiera llegar con ellos a un trato de favor contra favor.

Bebí el café y fumé un cigarrillo. Luego, por primera vez en casi cinco años, llamé a mi astropuerto y ordené que prepararan la *Modelo T*, mi nave lanzadera, para un viaje largo. Aquello llevaría el resto del día, buena parte de la noche, e imaginé que estaría lista aproximadamente al amanecer.

Entonces llamé a mi Secretario y Archivo automático para saber quién era actualmente el titular de la T. El S.& A. me respondió que se trataba de Lawrence J. Conner de Locheat. —J. de John, por supuesto—. Así que pedí los papeles de identificación necesarios, y llegaron por el tubo y cayeron en el cesto receptor en unos quince segundos. Estu-

dié la descripción de Conner, luego llamé a mi peluquero sobre ruedas para que convirtiera mis cabellos marrón oscuro en rubios, aclarara mi bronceado, me salpicara algunas pecas, oscureciera mis ojos y me aplicara nuevas huellas dactilares.

Poseo todo un abanico de personajes ficticios, con antecedentes completos y verificables que llegan hasta sus orígenes, gente que se ha ido comprando la T de unos a otros a lo largo de los años y que seguirán haciéndolo en el futuro. Todos ellos miden un metro ochenta y pesan aproximadamente setenta y cinco kilos. Son personajes que soy capaz de encarnar con tan solo un poco de cosméticos y memorizar unos cuantos datos. Cuando viajo, no me gusta la idea de hacerlo en una nave registrada al nombre de Francis Sandow de Tierralibre o, como algunos lo designan, el Mundo de Sandow. Es uno de los inconvenientes, y hay que acostumbrarse a vivir con él, de ser uno de los cien hombres más ricos de la galaxia (creo que soy el 87°, según las últimas estadísticas, pero podría ser el 88° o el 86°): siempre hay alguien que desea algo de ti, y todas las veces es sangre o dinero, y no estoy dispuesto a dar ninguna de las dos cosas gratuitamente. Soy perezoso y me asusto fácilmente, y es por eso por lo que me agarro a lo que tengo. Si poseyera algún sentido de la competición, supongo que me deslomaría intentando ser el 87°, el 86° o el 85°. Pero no me importa. Nunca me ha importado mucho realmente, excepto quizá un poco al principio, y la novedad pasó rápidamente. Cuando uno ha alcanzado su primer millar de millones empieza a considerar todas las cantidades superiores como algo metafísico. Durante un tiempo pensé en todas las cosas inmorales que probablemente debía estar financiando sin saberlo. Luego elaboré mi filosofía del Gran Árbol, y decidí que nada tenía importancia.

Hay un Gran Árbol tan antiguo como la sociedad humana, puesto que de hecho esto es lo que es, y la suma total de sus hojas unidas a todas sus ramas y ramitas representa

la suma de todo el dinero que existe. Hay nombres escritos en esas hojas, y algunas caen y algunas otras brotan y crecen, de tal modo que tras unas pocas estaciones todos los nombres han cambiado. Pero el Árbol sigue siendo siempre el mismo: más grande, sí, y cumpliendo con las mismas funciones vitales de siempre, en la misma forma de siempre. Hubo un tiempo en el que intenté podar todas las ramas podridas que podía descubrir en el Árbol. Lo hice hasta que me di cuenta de que mientras cortaba una en un lugar crecía otra en un lugar distinto, y que yo debía dormir de tanto en tanto. Infiernos, uno ni siquiera puede regalar honorablemente su dinero en estos días; y el Árbol es demasiado grande para dominar su crecimiento como hace un *bonsai* con los arbustos de su jardín. Así que lo mejor es dejarlo crecer a su aire, con mi nombre en todas esas hojas, algunas de ellas secas y marchitas y otras rutilantemente verdes, e intento animarme a mí mismo saltando de una a otra de esas ramas, llevando un nombre que no puedo ver escrito en ningún lado a mi alrededor. Y ya basta con el Gran Árbol. La historia de cómo he llegado a poseer tanto verdor podría producir otra metáfora tan divertida, más elaborada y menos botánica que esa. Si lo hago, lo dejaré para más tarde.

Di a mi S.& A. instrucciones relativas al personal sobre lo que debían y lo que no debían hacer durante mi ausencia. Tras varias vueltas atrás y varios recordatorios, quedé bastante convencido de que lo había previsto todo. Revisé mis últimas voluntades y mi testamento, sin ver nada que deseara cambiar. Metí algunos papeles en cajas autodestructivas, y dejé órdenes de que fueran activadas si ocurría esto o aquello. Alerté a uno de mis representantes en Aldebaran V, poniendo en su conocimiento que si un hombre llamado Lawrence J. —Por John—. Conner pasaba por allí y necesitaba algo, debía atenderle, y le envié una instrucción codificada para el caso de que tuviera que identificarme como

mi yo real. Luego me di cuenta de que habían transcurrido ya casi cuatro horas, y que tenía hambre.

—¿Cuánto falta para el anochecer, redondeándolo al minuto? —le pregunté a mi S.& A.

—Cuarenta y tres minutos —respondió la neutra voz a través del altavoz oculto.

—Cenaré en la Terraza Oriental dentro de exactamente treinta y tres minutos —dije, consultando mi cronómetro—. Quiero langosta con patatas fritas al estilo francés y col rayada, un bol de panecillos surtidos, media botella de nuestro propio champán, una jarra de café, un sorbete de limón, el más viejo coñac de la bodega y dos cigarros. Pregúntale a Martin Bremen si me hará el honor de servirlo él.

—Sí —dijo mi S.& A.—. ¿No quiere ensalada?

—No quiero ensalada.

Luego regresé a mis habitaciones, metí unas pocas cosas en la maleta, y me cambié. Activé la conexión de mi S.& A. en mis habitaciones y, sintiendo una crispación en el estómago y un estremecimiento en la nuca, di la orden que ya no podía retrasar por más tiempo:

—En exactamente dos horas y once minutos —dije, consultando mi cronómetro—, llama a Lisa y pregúntale se quiere venir a tomar algo conmigo en la Terraza Oriental... en media hora. Luego prepara para ella dos cheques, cada uno por un importe de cincuenta mil dólares. Prepara también para ella una copia de la Referencia A. Envíalo todo a esta estación receptora, por separado en sobres abiertos.

—Sí —me llegó la respuesta, y mientras me estaba ajustando el cierre de las mangas los sobres surgieron del tubo y cayeron en la cesta sobre mi cómoda.

Comprobé el contenido de los tres sobres, los cerré, los metí en un bolsillo interior de mi chaqueta, y me dirigí al corredor que conducía a la Terraza Oriental.

Afuera, el sol, ahora un ambarino gigante, estaba velado por un jirón de vapor que se disipó un minuto más tarde. Racimos de nubes mostraban sus colores dorados,

amarillos y ligeramente rosáceos, mientras el sol descendía por su inflexible ruta azul entre Urim y Thumim, los dos picos gemelos que yo había instalado allí para encajarlo a cada puesta. Su ensangrentado arco iris bañaría sus brumosas laderas durante los últimos minutos.

Me senté a la mesa bajo el olmo. El proyector del campo de fuerza entró en acción al detectar el peso de mi cuerpo sobre la silla, rechazando hojas, insectos, cagadas de pájaros y polvo que eventualmente pudieran caer sobre mí. Tras unos pocos minutos, Martín Bremen se acercó, empujando ante él un carrito cubierto.

—Fuenas tarrdes, señorr.

—Buenas tardes, Martin. ¿Van bien las cosas para ti?

—Much fien, señorr Sandow. ¿Y parra usted?

—Voy a irme —dije.

—¿Ah?

Acercó el carrito hacia mí, retiró la tapadera, y empezó a servirme la comida.

—Sí —dije—. Quizá por algún tiempo. —Caté mi champán, y asentí aprobadoramente—. Así que quiero aprovechar la ocasión para decirte algo que probablemente ya sabes. Preparas las comidas más sabrosas que haya probado nunca...

—Crrasias, señorr Sandow —su rostro naturalmente rubicundo se empurpuró aún más, y las caídas comisuras de su boca se enderezaron en una línea mientras bajaba sus oscuros ojos—. Me ha custado mucho nuestra asociación.

—Entonces, si deseas tomarte un año de vacaciones... a sueldo completo y con todos los gastos pagados, por supuesto, más un fondo adicional para permitirte comprar todas las recetas que estés interesado en ensayar... Llamaré a la Oficina de Tesorería antes de irme, y lo arreglaré.

—¿Cuándo se pa, señorr?

—Mañana a primera hora.

—Cha veo, seflorr. Si. Crrasias. Me sentirré muy felis.

—... lo que te permitirá, supongo, poner también a punto algunas recetas de tu invención particular.

—Lo pocurrarré, señorr.

—Debe ser algo divertido, el prepararr comidas cuyo sabor uno nunca llegará a catar.

—Oh, no, señorr —protestó—. Che que puedo fiarrme de los cattadorres, y a peses especulo aserrca del custo de algunas de sus comidas, perro solo como harria un químico que rrealmente nunca prrueba sus experrimentos, si comprende usted lo que quierro desirr, señorr.

Tenía el cesto de panecillos en una mano, la jarra de café en otra mano, el plato de col rayada en otra mano, y su otra mano permanecía apoyada en el asa del carrito. Era un rigeliano, cuyo nombre era algo así como Mmmrt'n Brrm'n. Había aprendido su inglés de un cocinero alemán, el cual lo había ayudado a elegir un equivalente en inglés para su Mmmrt'n Brrm'n. Un chef rigeliano, con uno o dos expertos degustadores de la raza a la cual sirve, prepara las mejores comidas de la galaxia. Y además lo hace de una forma desapasionada. A menudo habíamos sostenido el mismo tipo de discusión, y él sabía que lo estaba pinchando cuando hablaba así, intentando hacerle admitir que la comida humana era una mismísima mierda, basura, algo equivalente a los desechos industriales. Pero aparentemente existe una ética profesional entre ellos que no les permite reconocer ese tipo de cosas. Su respuesta habitual es volverse ceremonial hasta la náusea. En algunas ocasiones, sin embargo, cuando ha bebido un poco demasiado de jugo de limón, jugo de naranja o jugo de pomelo, ha llegado a admitir que cocinar para el *homo sapiens* está considerado como el más bajo nivel al que puede llegar un chef rigeliano. Entonces intento remontar su moral tanto como puedo, ya que me encantan todas sus comidas, y sé que es muy difícil encontrar chefs rigelianos, por mucho dinero que uno ofrezca por ellos.